ANTOLOGÍA
DE CIENCIA
FICCIÓN
LATINO-
AMERICANA

EL TERCER MUNDO DESPUÉS DEL SOL

Compilada por
RODRIGO
BASTIDAS
PÉREZ



minotauro LABERINTO

ANTOLOGÍA
DE CIENCIA
FICCIÓN
LATINO-
AMERICANA

EL TERCER MUNDO DESPUÉS DEL SOL

Compilada por
RODRIGO
BASTIDAS
PÉREZ

minotauro

El Tercer Mundo después del sol

Publicado por primera vez:
© Editorial Planeta Colombiana S. A.
Calle 73 n.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

ISBN: 978-84-450-1217-8
Depósito legal: B. 1.941-2022
Printed in EU / Impreso en UE.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

DESMANTELAR PATENTES PARA CREAR UNIVERSOS PROPIOS

Prólogo de Rodrigo Bastidas Pérez (Colombia)

A finales de 1999, Querubín Queta, taita Cofán, se reunió con su comunidad y celebró con las siguientes palabras: «Los guacamayos vuelan, cantan y embellecen con sus colores a nuestra madre naturaleza». Junto con Carlos Jacanamijoy habían logrado algo increíble: a Loren Miller ya no le pertenecía la patente que tenía sobre el yagé desde 1985. Miller, un estadounidense que había viajado a las selvas del Putumayo, logró llevar a su país una planta de *Banisteriopsis caapi* que le había regalado la comunidad cofán, de la cual dijo, al llegar a Estados Unidos, él había descubierto. La PTO (*Patent and Trademark Office*) le otorgó la patente haciéndolo dueño de una variedad que en la Amazonía era conocida desde tiempos ancestrales. El afán de comercializar el yagé como medicamento farmacéutico, versus la ceremonia colectiva de su toma por parte de los pueblos originarios, presenta dos formas de entender el mundo, dos estructuras mentales que marcan cómo se conciben dos tipos de ciencia: la que entrega títulos de propiedad sobre la naturaleza y la que se centra en una conexión de experiencia.

Sin contar el amplio debate académico que plantea este ejemplo (comparar las nociones de ciencia, saber, conocimiento), vale la pena preguntarse entonces: ¿cómo se construye la ciencia ficción en un lugar donde los conceptos hegemónicos de ciencia no coinciden con los que se han construido en nuestras culturas? O más directamente: ¿qué es y cómo se concibe la ciencia ficción latinoamericana? La respuesta es extensa y (advierto desde ya) no es definitiva, pero hacer un repaso

de cómo se han comprendido estos cambios permite abrir nuestro espectro a lecturas, autores y textos que conforman un corpus extenso, variado y sumamente interesante.

La ciencia ficción latinoamericana históricamente ha sido definida desde la negación. Quizá es más problemática esa carga negativa que la idea de no saber de la existencia de este género en el continente. Quien dice no tener idea de que se escribe ciencia ficción en el continente está abierto a conocerla, a saber un poco más, está dispuesto a abrir la puerta de un espacio que seguramente descubrirá inabarcable por la inmensa producción que se ha realizado desde inicios de siglo XX. Por otro lado, quien parte de la negación está cargado con una serie de precomprensiones que constituyen el género como un espacio secundario, subrogado o menor. Las principales negaciones que se implantan sobre la ciencia ficción latinoamericana están dictadas por la forma en la que se ha entendido la anglosajona y europea; por ello se suele decir que en Latinoamérica NO se habla realmente de ciencia, que NO hay ciencia ficción sino fantástico, que NO hay una identidad consolidada como en otros lugares, y otras tesis del mismo perfil.

Lo sorprendente de estas afirmaciones es que muchas de ellas vienen de personas que han realizado antologías, historias, crítica y hasta escritos de ciencia ficción en el continente. Es decir, pareciera que la historia de este género está construida a partir de lo cóncavo o lo vacío, mientras que en otras latitudes siempre se ve convexa y llena. Sin embargo, si leemos detenidamente, es posible buscar una definición positiva de la ciencia ficción en Latinoamérica a partir de esas definiciones negativas, porque como acto de complementos conceptuales, pareciera que la ausencia habla también de la presencia y que de la negatividad es posible construir una visión positiva.

Partamos de una idea que se convirtió en el eje alrededor del cual se construyó, durante mucho tiempo, la noción de ciencia ficción en el continente. En *El sentido de la ciencia ficción* (1966), Pablo Capanna, uno de los grandes críticos argentinos del género, planteaba una especie de contraposición entre dos visiones de lo científico: una adscrita a las ciencias duras y otra más inclinada a las ciencias humanas; pero además de crear esta dicotomía, jerarquizó (con un sutil adjetivo) esos dos acercamientos: «se puede hacer *sf* sin tratar temas científicos, sino simples relaciones humanas». Las relaciones humanas no solo se categorizaban como algo simple sino principalmente como

no-científicas; así, la actitud científica estaba del lado de las ciencias exactas y no de las humanas. La posición de Capanna es la misma que guio la concepción de la ciencia ficción latinoamericana durante décadas: un énfasis en una actitud científica-dura que parece ajena o inaccesible para el caso latinoamericano.

Ya en 1982, en el prólogo de la antología *Lo mejor de la ciencia ficción latinoamericana*, editada por Bernard Goorden y A. E. van Vogt, aparece de nuevo esa contraposición a la que se suma una: la ciencia ficción norteamericana es la que se ve como más científica, escrita «por grandes cerebros», y la latinoamericana es más literaria (y menos científica) escrita «por grandes corazones». También, Elvio Gandolfo diría años después: «La ciencia ficción argentina no existe (…), nuestro país es una 'sucursal de lo fantástico'»; y Sergio Gaut vel Hartman: «[¿]por qué nos empeñamos en seguir llamando ciencia ficción a una literatura que —en el mejor de los casos— apenas roza la ciencia tangencialmente?». Todas estas afirmaciones se convirtieron en el centro de un debate sobre la ciencia ficción latinoamericana, en el cual se subrayó cómo el género en Latinoamérica se entendió como una vertiente dependiente del fantástico y pensada a partir de una subordinación a la ciencia ficción anglosajona.

Ya para 1993, la ciencia ficción latinoamericana comienza a establecerse como un campo literario con características específicas, con preguntas propias que no se definían solamente como una negatividad. Paradójicamente, es en una publicación estadounidense, la *Encyclopedia of Science Fiction*, donde Mauricio José Schwartz y Braulio Tavares proponen una definición que apunta a otro tipo de miradas. Si bien realizan algunos paralelos con la ciencia ficción foránea, los dos escritores señalan otros elementos descriptivos como: un deseo consciente de separarse de la tradición anglosajona, la aparición de relaciones con la tradición colonial e indígena, el hecho de ser consumidores de tecnología más que productores y, finalmente, la representación de una crítica social, política y económica. Este cambio es sumamente importante, porque establece la relación entre política, tecnología, consumo y mercado que marcará el género a finales del siglo XX e inicios del siglo XXI.

Estas características aparecen matizadas y desarrolladas en la crítica del siglo XXI, momento en el que surgen textos teóricos que buscan una particularidad más concreta para el caso latinoamericano. Las teorías y los enfoques varían en autores como Silvia Kurlat Ares, Andrew Brown, Fernando Reati, Rachel Haywood Ferreira, Elizabeth Ginway, Luis

Pestarini, Elton Honores, Giancarlo Stagnaro, Rodrigo Mendizábal, Joanna Page o Macarena Areco, que empiezan a construir teorías para delimitar (de manera más descriptiva que prescriptiva) qué es la ciencia ficción en Latinoamérica.

De todos estos textos podríamos extraer algunas características que, si bien no son absolutas, ni deben estar en todos los textos, sí ayudan a comprender mejor los intereses, temas y propuestas estéticas de este género. Según estas nuevas visiones, en la ciencia ficción latinoamericana aparecen elementos de hibridez cultural (ya no es una dependencia de lo anglosajón), una crítica política contrahegemónica (que se exalta desde las dictaduras militares en adelante), una ansiedad tecnológica (que subraya el papel de consumidores de tecnología) y, finalmente, señala cómo la ciencia ficción ofrece una alternativa a las narrativas nacionales que han sido elaboradas por el canon. Silvia Kurlat Ares, en su visión de la ciencia ficción en Latinoamérica, afirma de manera muy esclarecedora que: «[en la ciencia ficción latinoamericana es posible leer] la formación del imaginario social, político y utópico, con la construcción de subjetividades identitarias de todo tipo (desde el género hasta lo comunitario), o de la otredad como problema ontológico y político, así como una meditación en torno a las consecuencias sociales, biológicas, ambientales y éticas del desarrollo de la tecnología durante el avance del capitalismo tardío».

Desde esta perspectiva la ciencia es vista de manera más flexible: no como una estructura que permite diferenciar entre verdad y mentira, sino como un discurso que está marcando la forma de construir una visión de mundo. Es justamente esta visión de la ciencia y de la tecnología la que permite que los saberes de los pueblos originarios sean concebidos como discursos que entran en diálogo con las ciencias hegemónicas occidentales. En este punto las ciencias humanas, las ciencias políticas, las ciencias duras, las ciencias biológicas, los saberes de los pueblos originarios, la filosofía, se entrecruzan en un campo en el cual el discurso cientificista construye tramas y argumentos de los mundos extrapolados. Es justamente la ciencia ficción latinoamericana actual la que permite una visión amplia e inclusiva de la ciencia como lugar en el cual se construyen procesos de identidad-otros, que adoptan y adaptan las herramientas estructurales del género.

Sin embargo, si bien esto se puede vislumbrar de manera clara en los últimos años, no es una propuesta nueva. Ya en algunos artículos

de los años sesenta, el colombiano René Rebetez había planteado una visión personal, arriesgada y aguda de lo que debería representar la ciencia ficción para Latinoamérica. En uno de los debates que tiene con otros autores (que se pueden leer en sus columnas del suplemento cultural del periódico mexicano *El Heraldo*), Rebetez contesta a una afirmación de Óscar Hurtado en la cual adjetiva la ciencia ficción latinoamericana como *subdesarrollada*. El subdesarrollo, en Rebetez, pasará de ser un calificativo que señala una falta, a convertirse en una propuesta estética e ideológica que tiene un lugar posible.

Para entender esta propuesta es necesario comprender que, posterior a la Segunda Guerra Mundial, se crearon conceptos dicotómicos que buscaban estandarizar el orden geopolítico mundial. Estas dualidades proponían una separación entre los países industrializados y aquellos proveedores de materia prima, con bajo desarrollo industrial: desarrollo/subdesarrollo, primer/tercer mundo. Se creó una gramática del progreso en la cual los países del tercer mundo, los subdesarrollados, se definían por su *estar en proceso, estar en vías de*; nunca por la afirmación de su presente sino por la posibilidad de su futuro. Rebetez mira en esta negatividad una opción positiva y ve la ciencia ficción latinoamericana como el único espacio en el cual es posible el diálogo horizontal entre propuestas ideológicas que parecieran opuestas o al menos divergentes: la ciencia occidental, la tecnología, el zen, los ritos de los pobladores originarios, el positivismo, la espiritualidad, el ocultismo y la magia. Para el autor colombiano solo será posible en una ciencia ficción del tercer mundo el diálogo dinámico y fructífero de todos estos tipos de discursos, los cuales se verán reflejados en unas textualidades fragmentarias, yuxtapuestas, propias del *collage*.

Dice Rebetez: «El problema de la literatura fantástica y el subdesarollo (…) está en plena vigencia. Contra los que pretenden subordinar la inteligencia al subdesarrollo esgrimiremos un arma poderosa: nuestra capacidad de extrapolarnos a cualquier planeta, al pasado o al futuro, a las entrañas del microcosmos o a los oscuros laberintos del inconsciente y desde allí —desde mi punto de vista cuya perspectiva puede proporcionar una objetividad casi marciana— haremos una crítica feroz y constructiva». Es desde esta impronta marcada por Rebetez donde se establecen los elementos de una ciencia ficción que está en el tercer mundo, después del Sol.

La propuesta de Rebetez ha tomado un nuevo aire en las primeras décadas del siglo XXI. En Latinoamérica no solo hay un crecimiento notorio en el número de textos pertenecientes al género, sino un mayor interés en los escritores y en los lectores, además de una producción crítica mucho más amplia por parte de la academia. Podrían aventurarse hipótesis históricas y literarias respecto a esta transformación, pero me gustaría centrarme en el cambio de paradigma del cómo concebimos lo científico. Boaventura de Sousa Santos habla de una visión científica del mundo y un modelo de racionalidad «que daban señales de estar exhaustos, señales tan evidentes que podíamos hablar de una crisis paradigmática».

La crisis paradigmática ve el discurso científico como una implantación foránea imposible de duplicar en Latinoamérica; tanto la modernidad como la posmodernidad funcionan como formas de establecer una relación con las construcciones discursivas del saber. Esto permite reestructurar el discurso científico para que tengan cabida otras formas de dinamización del conocimiento, propias de lo latinoamericano. Dicha crisis volvió a poner sobre la mesa ideas que, como las de Rebetez, proponían una transformación en el concepto de ciencia y, por lo tanto, en la idea de ciencia ficción.

Los autores que aquí se presentan parecen acercarse de una u otra forma a esta propuesta por la forma en que podemos reconstruir un sistema de conocimiento (ya desgastado) para plantear uno nuevo en el cual la voz de Latinoamérica tenga no solo cabida, sino que sirva como base para permitir la aparición de otras formas de saber. En Jorge Baradit aparece ya esta visión de entender la invasión a América a partir de una epistemología que tome en cuenta la cosmogonía de las tribus originarias en diálogo con la hermética y la alquimia; algo similar ocurre con el saber botánico contrapuesto a un saber místico, que produce diálogos y nuevos conocimientos en el cuento de Gabriela Damián Miravete. Una gramática de lo latinoamericano como lugar de autoconocimiento se potencia en el viaje espacial y personal propuesto por Teresa P. Mira de Echeverría; y se complejiza en una hibridez maquínica del mundo futuro acelerado y teológico que plantea Elaine Vilar. Pero esta nueva construcción de la identidad también necesita que se cuestione la forma como se piensa la Historia (personal, regional) como el resultado de una producción de recuerdos que han dejado de ser fiables, como nos lo muestra Juan Manuel Robles en medio de una guerra, o

Ramiro Sanchiz en medio de una historia de amor que fisura la realidad, o Luis Carlos Barragán en una migración que reevalúa el bienestar individual. También se producen apropiaciones de las estructuras para releerlas desde un espacio, unas dinámicas y un lenguaje propios, como lo hacen Maielis González y Laura Ponce con un *cyberpunk* que (siguiendo a Erik Mota) se ha latinizado convirtiéndose en ciberpunk. Además, se propone una revisión de emociones, sensaciones y pensamientos que se deben resituar cuando son atravesados por máquinas que modifican una vida cotidiana inadaptable a los paradigmas instaurados desde el exterior, como lo demuestran Fábio Fernandes con el amor, Giovanna Rivero con la culpa y Susana Sussman con el duelo y la muerte. Todo para llegar a nuestros propios apocalipsis que parecen convertirse en largas jornadas cíclicas en las que se demuestra que años de historia colonial han convertido nuestros fines de mundo en parte de un día a día, como lo demuestran Solange Rodríguez Pappe en la transformación del individuo y como lo describe tan bien Alberto Chimal en un experimento a escalas mundiales.

Estos cuentos se convierten en una configuración de posibilidades que la ciencia ficción establece como puertas por abrir, como caminos por recorrer. Un lector atento encontrará que es probable imaginar nuestra geografía (lugar donde ocurren casi todas las historias) como espacio para construir un futuro comunitario. Un creador curioso podrá ver en estos escritos un estímulo para generar mundos en los cuales los saberes cercanos funcionen como sustrato alimenticio, como ciencia posible. Recrear desde la lectura o desde la escritura un espacio propio permite también repensar nuestro papel en diálogos con un mundo en el que los recursos naturales parecen anunciar un obligatorio giro hacia un abismo de caída o una reapropiación de nuestro espacio, de nuestras culturas.

Después de todas estas vueltas alrededor de los conceptos, las ideas y la historia, tenemos la certeza de que no es claro qué es la ciencia ficción latinoamericana porque pareciera que su marca es la transformación constante, la adaptación, una metamorfosis que siempre logra hibridarse. Pero sí es claro (espero) que podemos definirla, escribirla y pensarla no como si fuera una copia subrogada, sino como un género propio y potente, como una escritura que subraya nuestra presencia central y necesaria en un mundo que se mueve entre los apocalipsis pandémicos, el maquinismo corporativo, las distopías del realismo

capitalista y las ucronías revisionistas. Espero que un día (que podría ser hoy) logremos celebrar con nuestra comunidad, tal como lo hizo el taita Querubín, porque hemos recuperado la patente de un mundo y de un género que siempre nos ha pertenecido por derecho propio y que no estamos interesados en convertir en material exótico de consumo, sino en una tradición conjunta entre países que nos permita una comunión de experiencia. Concibamos un mundo en el que gracias a los conjuros del ciberchamanismo y los futuros andinos espaciales, ahora los guacamayos vuelen entre galaxias, canten himnos espacio-temporales y embellezcan con sus colores a nuestra madre universo.

* * *

El tercer mundo después del Sol reúne las propuestas de escritores de varios países latinoamericanos que, en la segunda década del siglo XXI, permiten entender cómo hay una visión especial no solo de la ciencia ficción, sino de la tecnología, del discurso científico, de la literatura y de los géneros literarios. Una antología con esta perspectiva y esta ambición no podía estar en otro lugar sino en Minotauro, un sello que produjo la consolidación del género en el continente, dado que, como comenta Juan Sasturain: «Minotauro, en todos los sentidos, no se parecía a nada de lo que había en la librería».

Desde su nacimiento en 1955 con la publicación de *Crónicas marcianas*, de Ray Bradbury (y prólogo de Jorge Luis Borges), Minotauro se convirtió en una guía de lectura del género que formó varias generaciones de lectores latinoamericanos de ciencia ficción durante la segunda mitad del siglo XX. Un fondo editorial en el que destacaban Philip K. Dick, Ursula LeGuin, Clifford Simak, Marcelo Cohen, JG Ballard, Kurt Vonnegut o William Gibson, estableció una forma de entender el género como un diálogo entre saberes, lenguajes y formas estéticas que se ven reflejados en los autores aun hoy en día. Este camino denotó un interés particular en Latinoamérica por una calidad de escritura y una propuesta estética y estructural que solo se encuentra en los mejores representantes que ha tenido el género en el continente.

Finalmente, solo quisiera añadir que esta antología es el resultado de un largo proceso de pensar la construcción y la escritura de la ciencia ficción en Latinoamérica. Para su realización se vieron involucrados un

sinnúmero de personas que lograron que el proyecto de reunir tantos textos de tan alta calidad fuera una realidad. Principalmente agradezco al editor y escritor Miguel Manrique, principal motor y punto de partida de un movimiento que en Colombia se ensancha y crece gracias a su impulso inicial de promover la ciencia ficción en el país. También un especial agradecimiento a Cristiam 'Gato' Muñoz, encargado de cerrar el trabajo iniciado con Miguel y quien dio las puntadas finales a este libro. También agradezco al escritor Juan Alberto Conde que formó inicialmente parte de este proyecto y a quien le debemos la reflexión del título, y, finalmente, fue imprescindible el apoyo y la ayuda de Edmundo Paz Soldán, que en Ithaca me permitió descubrir facetas del género que desconocía y que cambiaron mi visión de la literatura.